



“Elías y sus discípulos, salían tres veces cada día de sus tiendas o de sus cavernas, y se reunían muy devotos en aquel local-oratorio que había construido Elías, no para dar juntos alimento al cuerpo ni para ejecutar otras ocupaciones materiales, sino para pedir misericordia al Creador de todas las cosas y honrarle con letanías y oraciones, y para repetir cada uno de ellos con el profeta: Tarde, y mañana y al mediodía cantaré y expondré al Señor mis necesidades, y Él oirá benigno mi voz (Sal 54,18).

Se reunían todos en el local oratorio formando un coro para cantar fervorosamente alabanzas a Dios con salmos, cánticos e himnos, acompañando su voz con instrumentos musicales, y para escuchar y leer los libros de la Sagrada Escritura que contenían la ley y los profetas y la explicación de su Padre Elías.

Crecían y se consolidaban en la soledad del Carmelo viviendo la vida monástica según se la enseñó Dios a Elías, y se esforzaban por alcanzar la vida perfecta y feliz instruyéndose continuamente en estos conocimientos, y viviendo el orden de vida establecido.”

*Institución de los primeros monjes,  
libro 3, capítulo 3*



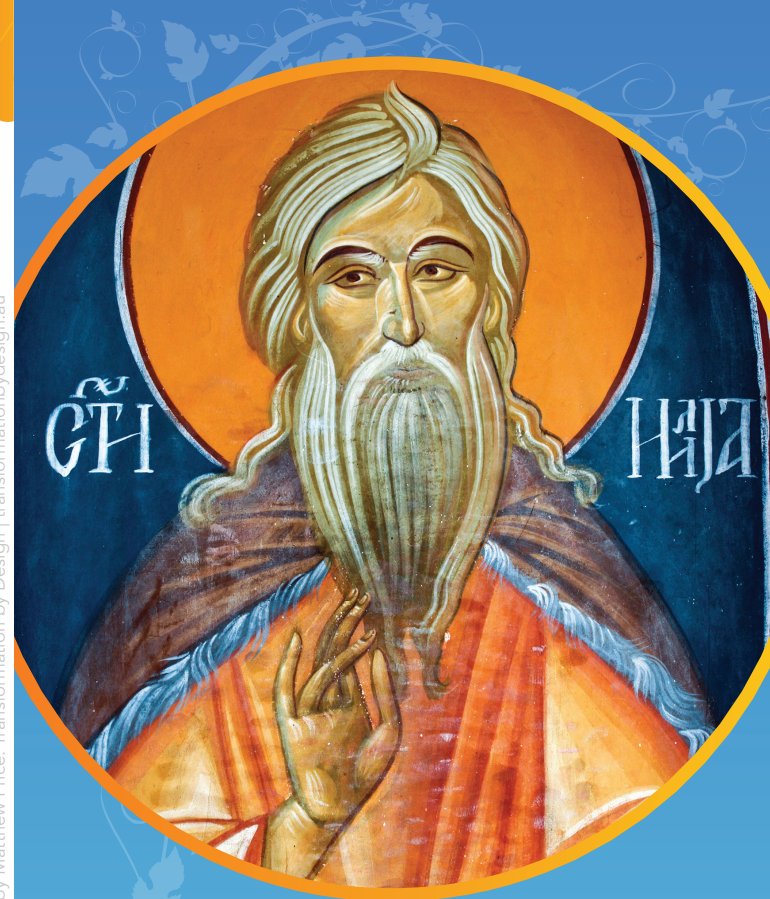
[ocarm.org](http://ocarm.org)



## Comisión General de Liturgia y Oración

Curia Generalizia dei Carmelitani  
Via Giovanni Lanza, 138  
00184 Roma, Italia

 [seggen@ocarm.org](mailto:seggen@ocarm.org)



Design by Matthew Price: Transformation by Design | [transformationbydesign.au](http://transformationbydesign.au)

## CELDA Y CELEBRACIÓN

La Liturgia y la Oración como escuela de amor.  
Itinerario propuesto por la Comisión de Liturgia y Oración





## Celda y celebración

En el Carmelo, nuestra vida de oración se expresa y crece mediante el justo equilibrio entre la celda y el oratorio. Nuestra Regla nos invita a permanecer en nuestra celda día y noche meditando la Palabra de Dios y velando en oración. Sin embargo, el oratorio está situado tanto en el centro de nuestra morada como en el centro de nuestro estilo de vida. Allí, cada mañana, los hermanos se reúnen para celebrar la Eucaristía, y a lo largo del día se reúnen varias veces para celebrar la Liturgia de las Horas. La Liturgia es para nosotros verdaderamente “cumbre y fuente” (SC, 10) de nuestra vida consagrada.

La celda y la celebración litúrgica se funden entre sí (cf. Const. 72). Una buena celebración de la Liturgia requiere la oración personal y silenciosa en nuestra celda. Sin ella, nuestra Liturgia, ya sea la Eucaristía o la Liturgia de las Horas, se convertirá en el simple cumplimiento de una obligación, en una rutina que no edifica ni al fraile ni a la comunidad.

Una liturgia bien celebrada, en cambio, nos devuelve a nuestra celda para reflexionar sobre el misterio celebrado, un misterio que alcanza su cumbre en la Eucaristía, y para profundizar en nuestra relación con el Señor. Nuestros santos y místicos, en sus escritos, dan testimonio de esta fecunda ósmosis entre la oración litúrgica y personal.

## Aprender a construir una celda interior

En nuestros tiempos, con teléfonos móviles e internet en la celda, debemos esforzarnos en cultivar la naturaleza sagrada de la celda. La celda no es, primordialmente, mi habitación privada. Es el lugar en el que entablo constantemente una batalla espiritual y en donde estoy solo ante Dios. Al abrazar el silencio en la soledad de la celda, aprendemos a escuchar “los ruidos, obsesiones e ilusiones que llenan nuestra alma” y así “nos imbuimos de la conciencia de nuestra propia nada y aprendemos a esperar atentamente a Dios en desnuda sumisión.

El silencio crea en nosotros un espacio completamente vacío, donde podemos encontrar a Dios y a los demás en su alteridad, sin reducirlos a nuestras categorías, imágenes y expectativas”. (RIVC 36). Al esforzarnos por habitar verdaderamente nuestra celda, aprendemos a construir una celda interior “allí habita Dios y allí nos invita a entrar para buscarlo” (RIVC 35). Debemos aprender a vivir en nuestra celda interior incluso en medio de nuestra comunidad y del pueblo, en nuestras ocupaciones cotidianas y en nuestros ministerios.

Sin esta relación personal con el Señor, nuestras liturgias se convierten en palabras vacías y en áridos rituales. Con ella, la Eucaristía se convierte realmente para cada uno de los hermanos en un momento privilegiado de escucha del Señor que nos habla con su Palabra, un momento de íntima unión con él en la comunión, que nos transforma en él al compartir su misterio pascual.

Acompañada de la oración personal, la Liturgia de las Horas se convierte en un momento privilegiado de alabanza e intercesión en unión con Cristo, junto a la Iglesia y la asamblea celestial.

## Ser comunidad

Al mismo tiempo, al salir de nuestras celdas y reunirnos en el oratorio o en la iglesia, nos convertimos verdaderamente en comunidad. Escuchando juntos la Palabra de Dios y compartiendo el único pan y el único cáliz del Cuerpo y la Sangre del Señor, nos convertimos en su cuerpo por la acción del Espíritu Santo.

La Eucaristía expresa y construye la comunidad; es el sacramento de nuestra comunión (cf. Const. 73; RIVC 39). Al celebrar como comunidad la Liturgia de las Horas, manifestamos “nuestra participación en la Iglesia orante” (Const. 75), nos sostenemos mutuamente en nuestra vida de oración y nos convertimos en “el signo visible de la Orden en oración” (RIVC 39).

Estamos invitados a reavivar continuamente la oración personal y litúrgica que caracterizan el camino carmelita.

